

III

Los pelasgos

Con los pelasgos nos introducimos de nuevo en un universo plenamente mítico. Como se sabe, los pelasgos eran un legendario pueblo del Egeo, vinculado con mayor o menor fuerza a numerosas regiones, pero de hecho establecido en muy pocas, pues al mismo tiempo personificaba a las gentes errabundas por excelencia. En su continua migración, los pelasgos se desplazaron hacia territorios no propiamente griegos, como las áreas periféricas del norte del Egeo y la península Itálica. En esta última, la presencia de los pelasgos está documentada en diversas regiones y ciudades, con una especial incidencia en la problemática referida a los orígenes del pueblo etrusco, pero sin desprestigiar otros desarrollos de la leyenda al margen de Etruria. Desde este momento, forzoso es reconocer la deuda que todo estudio sobre los pelasgos tiene contraída con la obra de D. Briquel, donde se encuentran recogidos y analizados con detenimiento todos los testimonios antiguos sobre la vertiente itálica de este legendario pueblo¹. Las referencias a este libro han de ser continuas y ciertamente, dada la solidez de sus fundamentos, con escasas posibilidades de discrepancia.

Aunque no se corresponda con el marco geográfico e histórico fijado para el presente trabajo, sí creo de interés por las consecuencias que se deducen aludir brevemente, a modo de introducción, al papel de los pelasgos en Etruria y especialmente a su condición de progenitores del pueblo etrusco. Frente a la versión, transmitida por Heródoto, que exponía la procedencia

¹ D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie. Recherches sur l'histoire de la légende*, Roma, 1984.

lidia de los etruscos², el historiador lesbio Helánico propuso por el contrario que los etruscos no eran sino pelasgos emigrados a Italia desde Tesalia³. Esta última representación fue sin duda la que gozó de mayor favor entre los griegos en el siglo V, mientras que la de Heródoto, llamada a convertirse con el paso del tiempo en la versión canónica, no era entonces sino marginal⁴. La cuestión principal es comprobar si Helánico fue o no el creador de esta tradición pelásgica, y justo es reconocer que el problema no tiene fácil solución, pues intervienen otros elementos de interpretación ciertamente complicada. En el núcleo se sitúa un pasaje de Heródoto relativo a la lengua de los pelasgos, que según este historiador se hablaba todavía en su tiempo en dos áreas, que venían a ser como una especie de islas lingüísticas, una la ciudad de Creston o Crestona, situada ὑπὲρ τῶν Τυρσηνῶν, y la otra en Placia y Escilace, en el Helesponto; los pelasgos que colonizaron la primera procedían de Tesalia y los de la segunda del Atica⁵. El problema surge cuando se quiere identificar a Creston con la ciudad etrusca de Cortona (= Crotona), amparándose por un lado en la referencia a los tirsenos en el propio texto de Heródoto y por otro en Dionisio de Halicarnaso, quien cita este mismo pasaje y alude a Cortona, no a Creston⁶. La polémica está pues servida.

La cuestión ha dado lugar a una intensa y larga discusión en los estudios modernos, siendo D. Briquel uno de los últimos que ofrece un análisis muy minucioso del texto de Heródoto, confrontándolo con otros testimonios de muy diversa naturaleza y sin perder de vista las diferentes opiniones emitidas en los últimos cien años. Briquel termina alineándose con el grupo que reconoce mayor valor en la lectura propuesta por Dionisio, de forma que la doctrina representada más claramente por Helánico responde a una idea muy extendida en el siglo V griego y que en última instancia se elevaría a Hecateo⁷. No es mi intención retomar en toda su magnitud este problema, aunque sí creo necesario fijar algunos aspectos esenciales por la incidencia que suponen para los argumentos que interesan a la presente obra.

² Her., 1.94.

³ Helánico, *FGH* 4F4 (= Dion., 1.28.3).

⁴ Véase D. Briquel, *L'origine lydienne des Étrusques*, Roma, 1991, pp. 91 ss.

⁵ Her., 1.57.

⁶ Dion., 1.29.3.

⁷ D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 101 ss., con amplísimas referencias. Del mismo autor, recientemente, «Pélasges et Tyrrhènes en zone égéenne», en *Der Orient und Etrurien*, Firenze, 2000, 19-36.

Como punto de partida, querer ver en la interpretación de Dionisio al auténtico Heródoto, mientras que la tradición manuscrita de su texto llegada a nosotros derivaría de una modificación, constituye una premisa cuanto menos bastante arriesgada. No se puede salvar tan fácilmente a Dionisio de manipular los datos para que concuerden con sus opiniones, actitud que bien se podría observar en este caso para reafirmar la distinción entre pelasgos y etruscos, aspecto de gran importancia para Dionisio. Algo similar hemos visto con anterioridad a propósito del origen griego de los aborígenes y nada impide constatar en este pasaje una postura en idéntico sentido. A favor de una lectura de Heródoto de acuerdo con los manuscritos se encuentra cuanto dice Tucídides en torno a la expedición del espartano Brásidas en el norte del Egeo, en la península de Calcidia, donde junto a los tirsenos, como parte de los pelasgos, menciona una serie de pueblos y entre ellos los crestones⁸. Tiene razón Briquel al señalar las diferencias entre estos pasajes de Heródoto y Tucídides⁹, pero a pesar de todo parece que ambos aluden a un mismo asunto, la existencia en el norte del Egeo de un mosaico étnico y lingüístico en el que conviven, entre otras, unas gentes conocidas genéricamente con el nombre de pelasgos y otras con el de tirsenos. Ciertamente es que al referirse a estos pueblos bárbaros, Tucídides dice que la mayoría eran «pelasgos, de aquellos tirsenos que en tiempos habitaron Lemnos y Atenas», origen que Heródoto reserva sólo a los pelasgos que se establecieron en el Helesponto, mientras que los otros, los *Krestonietai*, procedían de Tesalia, según acabamos de ver. Pero tal origen no constituye motivo suficiente para llevar a Italia a este segundo grupo, ya que existían versiones que hablaban de una migración hacia Oriente de pelasgos tesalios¹⁰. Esta diferencia entre Tucídides y Heródoto no es fundamental, sino que más bien responde a desarrollos secundarios de una misma tradición.

El aspecto más problemático es quizá la mención de los tirsenos, término con el que los griegos designaban asimismo a los etruscos. Este

⁸ Thuc., 4.109.4: αἱ οἰκοῦνται ξυμμείκτοις ἔθνεσι βαρβάρων διγλώσσων, καὶ τι καὶ Χαλκιδικὸν ἔνι βραχὺ, τὸ δὲ πλεῖστον Πελασγικόν, τῶν καὶ Λήμνόν ποτε καὶ Ἀθήνας Τυρσηνῶν οἰκησάντων, καὶ Βισαλτικὸν καὶ Κρηστωνικὸν καὶ Ἡδῶνες.

⁹ D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 112s.

¹⁰ Eforo, *FGH 70F61* (= Schol. Apol. Rhod., 1.1037), conoce la leyenda sobre el asentamiento en Cícico de pelasgos procedentes de Tesalia.

hecho nos lleva a una cuestión muy espinosa, la de la presencia de los etruscos en el Egeo, tradicionalmente invocada a propósito del origen oriental de este pueblo¹¹. Aun rechazando esta última vía de interpretación, parece un hecho cierto que al menos en la segunda mitad del siglo VI pululaban por el Egeo, con mayor intensidad en el norte, una gentes llamadas tirsenos por los griegos y que no eran de estirpe helénica. Si estos tirsenos orientales deben o no identificarse a los etruscos de Italia, es un problema de difícil solución. Recientemente se tiende sin embargo a dar una respuesta positiva¹², aunque no en el sentido de una «colonización», sino más bien como reflejo de actividades piráticas que navegantes etruscos habrían llevado a cabo durante cierto tiempo en el Egeo. Sea como fuere, lo cierto es que los antiguos debían apreciar una gran proximidad entre ambos, hasta el punto de proporcionarles el mismo nombre. Dada su condición de gentes ajenas a la cultura griega, y en primer lugar por sus diferencias lingüísticas, estos tirsenos fueron agrupados con todos aquellos pueblos de las áreas marginales del Egeo representantes asimismo de capas anhelénicas, y ante todo los pelasgos, término bastante vago que no designa a un pueblo histórico en particular, sino al conjunto de todas esas poblaciones bárbaras que los propios griegos no distinguían con facilidad. Según Heródoto, los pelasgos habitaban las islas de Lemnos e Imbros en las postrimerías del siglo VI, en los acontecimientos que contemplaron la extensión de la influencia persa por el Egeo oriental y septentrional y la conquista de Lemnos por el ateniense Milcíades¹³. Esta última empresa se justificaba invocando los «crímenes» cometidos en tiempos muy lejanos por los pelasgos contra los atenienses, lo que habría provocado su expulsión del Atica. Es decir, que según el relato de Heródoto, los pelasgos habrían sido desplazados desde el Atica hasta Lemnos

¹¹ Sobre el particular, F. SÁNCHEZ JIMÉNEZ, «Tirrenos en el Egeo: problemática general y tendencias de la investigación», *Habis*, 22, 1991, 79-26. Recientemente ha retomado la cuestión, con nuevos argumentos lingüísticos, C. DE SIMONE, *I Tirreni a Lemnos. Evidenza linguistica e tradizioni storiche*, Firenze, 1996.

¹² Sin intención de catálogo, M. GRAS, *Trafics tyrrhéniens archaïques*, Roma, 1985, pp. 583 ss.; R. DREWS, «Herodotus 1.94, the Drought ca. 1200 B.C., and the Origin of the Etruscans», *Historia*, 41, 1992, p. 27; C. DE SIMONE, *I Tirreni a Lemnos*, passim; IDEM, en *Gli Etruschi*, Milano, 2000, pp. 501 ss.

¹³ Her., 5.26-27; 6.136-140. Según Eforo, quien sin duda es la fuente de Diodoro, 10.19.6, habrían sido los tirrenos quienes se entregaron a Milcíades por temor a los persas.

en época «legendaria» y desde esta isla a Tracia en época «histórica», itinerario al que alude Tucídides en el paso antes recordado y en el que menciona a los tirsenos como parte de los pelasgos. En definitiva, en la segunda mitad del siglo V se ha consolidado un acercamiento muy próximo entre pelasgos y tirsenos¹⁴.

El paso definitivo que supone la identificación plena de los tirsenos occidentales, esto es los propios etruscos, con los pelasgos se observa por vez primera en Helánico, según el cual los pelasgos pasaron a llamarse tirrenos cuando se establecieron en Italia. Esta identificación es la consecuencia lógica de la situación que se había definido en el Egeo entre pelasgos y tirsenos orientales¹⁵; pero no sólo, sino que además hay que considerar la intervención de otros factores. La versión sobre el origen pelásgico de los etruscos tiene su referente en Atenas, que la utiliza como instrumento de propaganda de sus intereses geopolíticos. Es un hecho conocido que la red de relaciones diplomáticas que los atenienses trenzaron en Occidente estuvo acompañada de una extensión paralela de ciertas leyendas, fundamentalmente la troyana¹⁶. Así, esta última se aplica sobre los elimos de Segesta y Eryx, enemigos de Siracusa y aliados de Atenas, y en la Sirítide, donde los atenienses fundaron su colonia de Thurii¹⁷; la misma fundación de Roma por Eneas, según la narra por vez primera el propio Helá-

¹⁴ Cf. Soph., fr. 270R (= Dion., 1.25.4). D. BRIQUEL, «Pélasges et Tyrrhènes en zone égéenne», pp. 35s.

¹⁵ C. DE SIMONE, *I Tirreni a Lemnos*, p. 56: «È essenziale qui rilevare,...., che il passo di Hellanikos (FGrH 4, 4) presuppone necessariamente ormai l'accettazione di una nozione fondamentale: l'identificazione designativa, che a la sua base nella tradizione precedente dei Πελασγοί con i Tirreni orientali (in particolare di Lemnos e Imbros)».

¹⁶ Véanse por todos J. PERRET, «Athènes et les légendes troyennes d'Occident», en *Mélanges J. Heurgon*, Roma, 1976, 791-803; A. COPPOLA, «L'Occidente: mire ateniensi e trame propagandistiche siracusane», en *Hesperia*. 3, Roma, 1993, 99-113; L. BRACCESI, *Grecità di frontiera*, Padova, 1994, pp. 61 ss.; G. VANOTTI, *L'altro Enea*, Roma, 1995, pp. 24 ss. Sobre Helánico en particular, como portavoz de la propaganda de Atenas, véase cuanto recientemente ha escrito R. SAMMARTANO, *Origines gentium Siciliae. Ellanico, Antioco, Tucídide*, Roma, 1998, pp. 111 ss., quien con total acierto destaca la postura filateniense de Helánico en su reconstrucción de la etnogénesis de Sicilia.

¹⁷ Los elimos: Tuc., 6.2.3; la Sirítide: Arist., fr. 534R (= Athen., 12.523c); Str., 6.1.14 (C. 264). Sobre Sicilia, G. NENCI, «Troiani e Focidesi nella Sicilia occidentale», *ASNP*, 17, 1987, 921-933; R. SAMMARTANO, *Origines gentium Siciliae*, pp. 233 ss.; acerca de Siris, L. MOSCATI CASTELNUOVO, *Siris*, Bruxelles, 1989, pp. 27 ss.; L. BRACCESI, «Troia, Atene e Siri», en *Hesperia*. 5, Roma, 1995, 61-73.

nico, responde a estos mismos propósitos¹⁸. En el Adriático se percibe claramente el interés de Atenas a través de la legendaria presencia de Antenor en el Véneto¹⁹. Sin duda la tradición sobre el origen pelásgico de los etruscos transmitida por Helánico se remite al mismo ambiente de propaganda política, establecer un parentesco mítico que acompaña y justifica la alianza que por esos mismo años (414/13 a.C.) sellaron atenienses y etruscos para oponerse a su enemigo común, Siracusa²⁰. Si en este caso se utiliza a los pelasgos en vez de la vía troyana es porque las necesidades de innovación eran menores, desde el momento en que ya se había producido un acercamiento muy estrecho en el Egeo entre los pelasgos y esos tirseños orientales, considerados en círculos atenienses si no los mismos, al menos muy próximos a los etruscos. En este sentido, no puede dejar de señalarse cómo el itinerario que describen los pelasgos hasta asentarse en Etruria no sigue la ruta marítima directa, a través del Tirreno, sino que se dirige por el Adriático hasta llegar a la desembocadura del Po y luego, por vía fluvial y terrestre, alcanzar la Etruria interna. No se trata de un recorrido elegido al azar, sino que se superpone a la ruta utilizada preferentemente por el comercio ático en sus relaciones con Etruria a partir sobre todo de la segunda mitad del siglo V²¹, alternativa a la del Tirreno controlada en gran medida por Siracusa.

Hundidos los proyectos occidentales de Atenas tras su derrota frente a Esparta, la leyenda pelásgica de Etruria sufre un cierto parón. No obstante, se mantiene todavía viva en los conflictos dialécticos entre detractores y partidarios de la política de Siracusa, que dirigida por el tirano Dionisio I, persevera en su oposición al mundo etrusco. Y así, vemos cómo mientras los ambientes historiográficos siracusanos, y en primer

¹⁸ Permítaseme remitir a mi trabajo «Nota a Helánico, *FGH* 4F84: Eneas y Odiseo en el Lacio», en *Homenaje F. Gascó*, Sevilla, 1995, 669-683.

¹⁹ Sófocles, en *Str.*, 13.1.53 (C. 608), donde se resume el contenido de su tragedia *Antenoridae*; esta tradición está también presente en *Liv.* 1.1.1.-3; *Verg.*, *Aen.*, 1.242 ss.; *Str.*, 5.1.4. (C. 212); posiblemente a ella se refieran las críticas de Polibio (1.17.6). Fundamental al respecto L. BRACCESI, *La leggenda di Antenore*, Padova, 1984, pp. 45 ss.; véase asimismo G. VANOTTI, «Sófocle e l'Occidente», en *I tragici greci e l'Occidente*, Bologna, 1979, pp. 103 ss.

²⁰ *Tuc.*, 6.88; 7.57.

²¹ Sobre el particular, últimamente, F. RAVIOLA, «Atene in Occidente e Atene in Adriatico», en *La Dalmazia e l'altra sponda*, Firenze, 1999, 41-70, esp. pp. 49 ss.

lugar Filisto, intentan negar cualquier vínculo mítico entre griegos y etruscos, presentando a estos últimos como bárbaros a los que es necesario combatir, en Atenas se sigue invocando el origen pelásgico de los etruscos y por tanto su ascendencia helénica, acusando en definitiva a los siracusanos de atacar a otros griegos²². Pero estos desarrollos del siglo IV no son sino consecuencia de la tradición reflejada en Helánico, ya que la versión sobre el origen de los etruscos llamada a convertirse en canónica es la lidia, que incluso llegó a captar a la pelásgica según se aprecia en Antíclides de Atenas²³.

Los nuevos brotes sobre la presencia legendaria de los pelasgos que surgen en referencia al Lacio, y que constituyen el objetivo fundamental de este capítulo, tienen su referente no en Atenas, sino en el Epiro, pero no se puede negar que en parte son herederos de la tradiciones anteriores. Esta presencia de los pelasgos en el Lacio se produce en dos niveles, pero siempre en relación a Roma: mediante su admisión en el proceso de la etnogénesis latina y como protagonistas de la fundación de Roma.

1. LOS PELASGOS Y LA FUNDACIÓN DE ROMA

A favor de un origen pelásgico de Roma sólo se conoce una versión, de autor anónimo y transmitida por Plutarco. En ella se dice que los pelasgos, tras un largo peregrinar, se establecieron en el Lacio y fundaron una ciudad a la que denominaron en razón a la fuerza (ῥώμη) de sus armas²⁴. La etimología del nombre de Roma a partir del término griego ῥώμη ya surgió en un capítulo anterior a propósito de la versión atribuida por Festo a un *historiae Cumanae compositor*²⁵. Pero realmente no hay razones de peso para ver una relación entre ambas tradiciones, en el sentido que tanto una como otra deriven de una misma matriz, muy resumida en Plutarco y

²² Véase por ejemplo el minucioso examen de D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 193 ss., a propósito del ataque de Dionisio de Siracusa a Pyrgi en el año 384/83 a.C. y sus repercusiones propagandísticas.

²³ Antíclides, *FGH* 140F21 (= Str., 5.2.4 [C. 221]).

²⁴ Plut., *Rom.*, 1.1: ἀλλ' οἱ μὲν Πελασγούς ἐπὶ πλείστα τῆς οἰκουμένης πλανηθέντας ἀνθρώπων τε πλείστων κρατήσαντας αὐτόθι κατοικήσαι καὶ διὰ τὴν ἐν τοῖς ὄπολις ῥώμην οὕτως ὀνομάσαι τὴν πόλιν.

²⁵ Fest., 328L. *Supra*, cap. I.2.

adulterada en Festo²⁶. Las dos se basan en el mismo concepto, la idea de Roma como personificación de la fuerza, del poder, expresión que aparece de forma indirecta en Licofrón y que posteriormente, en el siglo II a.C., será invocada con frecuencia por los griegos²⁷. Aunque como veíamos en su momento, la tradición sobre el origen de Roma del anónimo historiador cumano sólo es comprensible tras la identificación de aborígenes y pelasgos, no es necesario acudir a esta versión de Plutarco como eslabón imprescindible en el proceso de elaboración de la leyenda. La tradición «cumana» exige un intermediario latino, condición que en absoluto se requiere en la de Plutarco: la alusión al continuo vagabundeo de los pelasgos refleja una característica comúnmente admitida de este pueblo, que por el contrario sí es necesario explicar si se aplica a los aborígenes. En definitiva se trata de dos tradiciones que aunque giran sobre la misma idea, la etimología de Roma a partir de ῥώμη, son por completo independientes, responden a estímulos y situaciones diversas.

A pesar de la extraordinaria brevedad con la que Plutarco transmite esta versión, no cabe duda que todo el protagonismo corresponde a los pelasgos, hasta el punto de no plantearse como necesario suponer la presencia en la región de otras gentes, que naturalmente no podrían ser sino los aborígenes. Los pelasgos llevan a cabo una auténtica fundación de Roma, lo cual les aleja de ese nivel prehistórico, correspondiente a la etnogénesis latina, en el que generalmente se mueven. Sin embargo, las dificultades para identificar el momento histórico que propició la creación de esta leyenda no son pocas. Plutarco nada dice sobre el lugar de procedencia de estos pelasgos y la referencia al vagabundeo, como hemos visto, no es indicativo de nada específico, ya que sólo alude a una de las características más sobresalientes de este legendario pueblo. La única singularidad perceptible se centra en la etimología de Roma, pues al alabar el poder de esta última, implícito en su propio nombre, se destaca también el de sus fundadores, provistos de similar fuerza. Este dato abre dos vías de análisis, pues por un lado la identificación Roma = ῥώμη sólo es posible desde el momento en que la ciudad latina

²⁶ En un sentido afirmativo se manifiestan, entre otros, J. BAYET, «Les origines de l'arcadisme romain», *MEFR*, 38, 1920, pp. 91 ss.; C. AMPOLO, en *Plutarco. Le vite di Teseo e di Romolo*, Milano, 1988, p. 263.

²⁷ Lyc., *Alex.*, 1232 ss. Véanse sobre este concepto I. OPELT, «Roma = ῥώμη und Rom als Idee», *Philologus*, 109, 1965, 47-56; B. ROCHETTE, «ῥώμη = ῥώμη», *Latomus*, 56, 1997, 54-57.

adquiere a ojos griegos connotaciones de potencia política y militar, al menos a un nivel regional. Una situación de este tipo comienza a producirse en la segunda mitad del siglo IV a.C., cuando Roma inicia abiertamente el proceso de incorporación de la península Itálica. Pero por otro, la leyenda es laudatoria respecto a los pelasgos, que son presentados como el pueblo de la fuerza, del poder militar. La mirada ha de dirigirse por tanto hacia aquellas regiones de Grecia donde las tradiciones pelásgicas gozasen de cierto arraigo, lo cual limita las posibilidades a unos lugares muy concretos. Así, A. Coppola parece inclinarse por la Atenas del siglo V al incluir esta leyenda en el mismo conjunto que aquella otra atribuida al anónimo historiador cumano²⁸, solución que no me parece idónea tanto por una razón cronológica como por la preferencia ateniense hacia la saga troyana en relación a Roma. Según creo, está más cerca de la verdad D. Briquel al situar su creación en el contexto de la expedición italiana de Alejandro el Moloso²⁹.

Este monarca epirota soñó con hacerse un imperio en Italia, quizá a imagen del gran proyecto asiático que por aquel tiempo cumplía su sobrino Alejandro Magno. Con tal propósito, respondió afirmativamente a la llamada de Tarento y combatió durante algunos años en el sur de la península, hasta que finalmente encontró la muerte luchando contra los lucanos en la batalla de Pandosia (ca. 331/30 a.C.)³⁰. Entre sus actuaciones se cuenta la firma de una alianza con Roma³¹, que tenía como objetivo aislar a los samnitas, organizados en una poderosa confederación y enemigos potenciales de Alejandro. Cierto es que Roma había concertado en el año 354 un tratado con los samnitas, pero su ruptura se consideraba ya próxima desde el momento en que los romanos habían impuesto su dominio sobre el Lacio y el norte de Campania, como los hechos confirmarían al poco tiempo.

²⁸ A. COPPOLA, *Archaiologia e propaganda*, Roma, 1995, pp. 51 ss.

²⁹ D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 510 ss. Hace años, J. BAYET, «Les origines de l'arcadisme romain», p. 98, presentía el vínculo entre las leyendas pelásgicas en Italia y la expedición de Alejandro el Moloso.

³⁰ Sobre las empresas de Alejandro el Moloso en Italia pueden consultarse E. MANNI, «Alessandro il Molosso e la sua spedizione in Italia», *StudSal*, 13/14, 1962, 344-352; C. A. GIANNELLI, «L'intervento di Archidamo e di Alessandro il Molosso in Magna Grecia», *CS*, 8, 1969, 1-22; M. SORDI, *Roma e i Sanniti nel IV sec. A. C.*, Bologna, 1969, pp. 31 ss.; M. LIBERANOME, «Alessandro il Molosso e i Sanniti», *AAT*, 104, 1969-70, 79-95; L. BRACCESI, *Grecità adriatica*, Bologna, 1979, pp. 261 ss.

³¹ Liv., 8.17.10.

Las leyendas pelásgicas tenían una profunda implantación en el Epiro, cuyos reyes se autoproclamaban descendientes de Faetón, compañero de Pelasgos³². La utilización de los pelasgos como instrumento de propaganda política por parte de Alejandro es perfectamente posible, de forma que en este caso son invocados para justificar la alianza con Roma: ésta no es una ciudad bárbara, sino helena y más en concreto pelásgica, y en consecuencia hermana de los epirotas. La afirmación de una comunidad de origen constituía para los griegos el soporte ideológico de numerosas alianzas, y así de la misma forma que Alejandro y Roma proclaman su parentesco y consecuente amistad frente a un enemigo común tenido por bárbaro, nada impide que este último pase a ser en otras tradiciones partícipe de la esencia helénica a través asimismo de una *syngheneia*, acuñada en función de diferentes intereses políticos³³. Esta situación se observa perfectamente, como se apuntaba en un capítulo anterior, en un pasaje de Estrabón que habla de los samnitas asociados a una colonia espartana, razón del filohelenismo de este pueblo itálico, leyenda que habría sido ideada por Tarento para reafirmar su amistad con los samnitas en los últimos decenios del siglo IV³⁴. Antigua *apoikia* lacedemonia, Tarento evoca sus propios orígenes y los extiende con un afán propagandístico hacia aquellos pueblos con los que pretende establecer un vínculo político, mecanismo que previamente habría sido utilizado por Alejandro el Moloso respecto a Roma con los pelasgos como instrumento mediatizador. En similar sentido de utilización propagandística de las leyendas, cabe destacar la actitud del mismo Alejandro respecto a los apulos, ante los cuales se presenta como heredero de Diomedes, héroe con una profunda presencia en la Italia adriática y con especial intensidad en la Daunia³⁵.

³² Plut., *Pyr.*, 1.1. Acerca de los pelasgos y el Epiro, D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 73 ss.

³³ Sobre la *syngheneia* como mecanismo político, recientemente S. LÜCKE, *Syngheneia. Epigraphisch-historische Studien zu einen Phänomen der antiken griechischen Diplomatie*, Frankfurt, 2000.

³⁴ Str., 5.4.12 (C. 250). Véanse M. SORDI, «I Sanniti fra Roma e i Greci nel IV sec. a.C.», *Abruzzo*, 13, 1975, 95-100; D. MUSTI, «La nozione storica di Sanniti nelle fonti greche e romane», en *Strabone e la Magna Grecia*, Padova, 1994, pp. 203 ss.; E. DENCH, *From Barbarians to New Men*, Oxford, 1995, pp. 53 ss.

³⁵ Esta relación Alejandro-Diomedes se aprecia a propósito de la actitud del rey epirota frente a la ciudad de Brundisium, según lo relata Iust., 12.2.7-12; al mismo acontecimiento se refiere Lyc., *Alex.*, 1056 ss. Sobre la cuestión, J. BÉRARD, *La Magna*

Resulta evidente, como señala Briquel³⁶, que esta leyenda sobre el origen pelásgico de Roma tenía una circulación limitada exclusivamente al mundo griego. Los romanos permanecen al margen y desconocedores de su existencia. Se trata simplemente de un mecanismo de propaganda que sólo es funcional ante un público griego. El factor determinante en el nacimiento de la leyenda no fue otro que el enorme peso que disfrutaban en el Epiro las propias tradiciones pelásgicas, que no obstante se vieron favorecidas por otros impulsos. En este sentido, quizá habría que considerar, pero siempre en un plano secundario, el recuerdo de anteriores tradiciones relativas a la intervención de los pelasgos en la etnogénesis de algunos pueblos de la península Itálica, en especial el etrusco, habida cuenta que en ambientes griegos se imaginaba muy frecuentemente a Roma como *polis Tyrrhenis*.

La relación pelasgos-Etruria-Roma se observa también, aunque bajo diferente prisma, en otra noticia recogida asimismo por Plutarco en un autor desconocido para nosotros. Se trata de una versión ciertamente singular sobre los orígenes de Roma, cuyo fundador, llamado Rhomis, es definido *tyrannos* de los latinos; éste fundó la ciudad tras haber expulsado a los etruscos, «que desde Tesalia habrían pasado a Lidia y de Lidia a Italia»³⁷. Como se puede observar, en el fragmento no hay una mención expresa de los pelasgos, pero su presencia se intuye en la sucinta exposición sobre el origen del pueblo etrusco. La referencia a Tesalia como lugar último de procedencia constituye una clara alusión a los pelasgos como lejanos progenitores de los etruscos, aunque evidentemente este anónimo historiador conoce también la teoría de Heródoto. La conciliación de ambas versiones —la pelásgica y la lidia— acerca del origen del pueblo etrusco inevitablemente conduce hacia la tradición de Antíclides, recordada con anterioridad y que circulaba entre los medios historiográficos atenienses de finales del siglo IV a.C.

La leyenda tiene un cariz contrario a los romanos, que aparecen gobernados por un tirano y enemigos del helenismo, representado aquí por los

Grecia (trad. ital.), Torino, 1963, pp. 358 y 360; L. BRACCESI, *Grecità adriatica*, pp. 58 ss.; U. FANTASIA, «Le leggende di fondazione di Brindisi e alcuni aspetti della presenza greca nell'Adriatico», *ASNP*, 2, 1972, pp. 118 ss.; D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, p. 511.

³⁶ D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, p. 513.

³⁷ Plut., *Rom.*, 2.1: οἱ δὲ Ῥώμιν Λατίνων τύραννον, ἐκβαλόντα Τυρρηνοῦς τοὺς εἰς Λυδίαν μὲν ἐκ Θετταλίας, ἐκ δὲ Λυδίας εἰς Ἰταλίαν παραγενομένους.

etruscos, en posesión de un origen a la vez pelásgico y lidio. Por tanto, tiene razón D. Briquel al señalar, como creadores de esta versión, hacia los ambientes griegos hostiles a Roma en fecha anterior a finales del siglo III a.C., antes de la plena divulgación de la tradición canónica sobre la fundación de la ciudad³⁸. Así las cosas, convendría ante todo excluir a los siracusanos, tradicionales adversarios de Roma pero también y sobre todo de los etruscos, a los que nunca reconocerían unos orígenes griegos. El entorno de Pirro se presenta entonces como el más adecuado, pues en él confluyen diversos aspectos que indican tal dirección. Los años que asisten a las empresas de Pirro en Italia coinciden con una etapa de gran importancia en el proceso de conquista romana de la península Itálica, de forma que los etruscos podían ser justamente considerados como víctimas de la ambición de Roma. Por otra parte, no se debe olvidar que Pirro era epirota y por tanto nada extraño a las tradiciones pelásgicas, según veíamos hace un momento en relación a Alejandro el Moloso. El recurso a los pelasgos servía pues para justificar la hostilidad respecto a Roma. A modo de conclusión, y en palabras de Briquel, «nous y verrions même, plus facilement que l'origine troyenne, un thème qu'aurait pu développer une propagande épirote... Présenter les Romains comme hostiles aux Étrusques, issus eux aussi des Pélasges, prenait un sens particulier s'ils s'opposaient au roi d'Épire»³⁹.

Este análisis de D. Briquel, reducido aquí a su esencia, así como las conclusiones que deduce del mismo, no está carente de atractivo, pero existen otras posibilidades. Por una parte, se encuentra el fundamento mítico de la hostilidad de Pirro hacia Roma. Naturalmente no se trata en momento alguno de aceptar la propuesta de J. Perret sobre el origen de la leyenda troyana de Roma, pero esto tampoco impide restar valor a la influencia que esta última ejerció sobre el significado del conflicto en la propaganda emanada del entorno de Pirro. En gran parte de acuerdo con la tradición familiar, Pirro se presentaba ante sus contemporáneos como una personificación de Aquiles⁴⁰, de manera que se enfrenta a los roma-

³⁸ D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 514 ss.

³⁹ D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, p. 519.

⁴⁰ Plut., *Pyr.*, 7.7; 13.2; asimismo, Pind., *Nem.*, 7.38 ss.; Eurip., *Androm.*, 1243 ss. Sobre el particular, J. PERRET, *Les origines de la légende troyenne de Rome*, pp. 427 ss.; P. LÉVÊQUE, *Pyrrhos*, Paris, 1957, pp. 251 ss. Sin restar valor a la vertiente anti-troyana de

nos por ser estos una colonia troyana. Su guerra viene a ser una rememoración de la de Troya, en la que el rey, nuevo Aquiles, doblegará a Roma, una nueva Troya⁴¹. En este sentido, quizá no carezca de relevancia el hecho de que Timeo hablase sobre los orígenes troyanos de Roma en su monografía centrada en Pirro⁴². En otras palabras, aunque no se puede rechazar, sin más argumentos que el silencio, el recurso a los pelasgos, todos los datos disponibles inducen a pensar que tal fundamento mítico es más de naturaleza troyana que pelásgica. Además esta visión pelasga de los etruscos no es propiamente epirota ni exclusivamente tesalia, sino que nos conduce hacia ambientes atenienses. Según creo, el panorama es sensiblemente distinto al que supone la anterior tradición acerca del origen pelásgico de Roma. Otros indicios señalan hacia el mundo griego de Occidente.

Un aspecto de interés que ofrece esta versión es el nombre del fundador, Rhomis, un *unicum* en el conjunto de tradiciones griegas conocidas sobre los orígenes de Roma, que generalmente recurren para este fin a un tal Rhomos. Pero al contrario de este último, Rhomis es un nombre auténtico, atestiguado en la epigrafía griega occidental, en sendas inscripciones procedentes de Camarina y de Selinunte y fechadas ambas en el siglo V a.C. La segunda de ellas contiene también el nombre del padre de Rhomis, que remite al ambiente onomástico de la Italia central. A partir de estos datos, C. Ampolo se inclina por una procedencia siceliota de la tradición transmitida por Plutarco⁴³, posibilidad que no excluye Siracusa a tenor de la época en que nos movemos, finales del siglo IV o comienzos del siguiente. En efecto, no conviene olvidar que en esos momentos, rompiendo la plurisecular política de oposición que mantenían entre sí etruscos y siracusanos, se produjo durante el gobierno de Agatocles un acercamiento entre ambos, que llegó a traducirse en una alianza militar de no escasa importancia para los intereses del tirano de Siracusa y en los que

Pirro, sino más bien como complemento, se ha pensado incluso en una aproximación del rey epirota hacia la figura de Diomedes en su oposición ideológica a Roma: A. COPPOLA, «Benevento e Argirippa: Pirro e la leggenda di Diomede», *Athenaeum*, 68, 1990, 527-531.

⁴¹ Paus., 1.12.2.

⁴² Timeo, *FGH* 566F36 (= Pol., 12.4b). Cf. A. MOMIGLIANO, *La historiografía griega* (trad. esp.), Barcelona, 1984, p. 217.

⁴³ C. AMPOLO, en *Plutarco. Le vite di Teseo e di Romolo*, pp. 269 ss., con las referencias a las inscripciones.

Roma se situaba en una vertiente opuesta⁴⁴. Ciertamente es que la versión «oficial» siracusana acerca de la fundación de Roma parece estar recogida en Calias, cronista de Agatocles, quien invoca la leyenda troyana⁴⁵, pero no lo es menos que las relaciones etrusco-siracusanas cambiaron notablemente de signo en esta época, situación que pudo haber influido sobre otros ambientes griegos.

Por otra parte, Roma es presentada como fundación latina, lo cual nos puede llevar a considerar que el creador de esta leyenda conoce, al menos en sus rudimentos, las tradiciones locales que hacen de Roma una colonia de origen albano. Tampoco carece de interés la alusión a la expulsión de los etruscos del Lacio, recuerdo de los acontecimientos que marcaron el fin de la monarquía en Roma, aunque la caracterización de Rhomis como tirano no concuerda muy bien con la naturaleza de estos hechos. Sin embargo, teniendo en cuenta el plano pseudo-histórico en el que se mueve la leyenda, la ciudad necesita un fundador que a la vez inaugura la serie de sus reyes, cuyo gobierno es considerado ilegítimo por su carácter tiránico, muestra en definitiva del espíritu contrario a Roma que emana de esta noticia. De todas maneras, es interesante notar la distinción muy neta que se establece entre latinos y etruscos, algo que no es común en la historiografía griega de los siglos V y IV a.C., lo que permite suponer un mejor conocimiento de la realidad itálica por parte de su redactor. Pero naturalmente es forzoso reconocer que todos estos elementos son transformados en función de unos intereses concretos que a nosotros se nos escapan, si bien no puede existir duda alguna que están dirigidos en un sentido de oposición a los romanos.

En conclusión, podría aceptarse que esta tradición fue creada en círculos griegos de Italia o de Sicilia en los años de la conquista romana de la península, preferentemente en el primer tercio del siglo III a.C. Se trataría

⁴⁴ Recuérdese que en el año 307 una flota etrusca se presentó en el puerto de Siracusa y logró levantar el bloqueo cartaginés, permitiendo a Agatocles recuperar el dominio del mar (Diod., 20.61.6-62.1). Sobre estos acontecimientos y la alianza etrusco-siracusana que subyace en los mismos, pueden verse G. COLONNA, «La Sicilia e il Tirreno nel V e IV secolo», *Kokalos*, 26-27, 1980-81, pp. 181 ss.; S. N. CONSOLO LANGHER, «I trattati tra Siracusa e Cartagine e la genesi e il significato della guerra del 312-306 a.C.», *Athenaeum*, 58, 1980, pp. 330 ss.; EADEM, *Siracusa e la Sicilia greca*, Messina, 1996, pp. 360 ss.; EADEM, *Agatocle*, Messina, 2000, pp. 227 ss.

⁴⁵ Calias, *FGH* 564F5 (= Dion., 1.72.5).

de un ambiente cultural en el que sin dificultad podrían conciliarse, por un lado, el conocimiento de tradiciones latinas relativas a Roma y de aquellas otras, procedentes de la corriente atidográfica, sobre el origen pelásgico de los etruscos, y por otro, el recuerdo de una etapa de la historia de Roma a la que no fueron por completo ajenos los griegos del sur peninsular.

2. LOS PELASGOS Y LA ETNOGÉNESIS LATINA: EL ORÁCULO DE DODONA

La segunda fase sobre los pelasgos en el Lacio se concreta en su contribución a la etnogénesis latina, encontrando una definición más completa en el relato ofrecido por Dionisio de Halicarnaso. Este arranca en su narración de la permanente migración de los pelasgos en Grecia, hasta que un grupo numeroso de ellos, concentrado en torno a Dodona, se desplazó a Italia en obediencia a un oráculo. Los pelasgos desembarcaron en las bocas del Po y allí se quedaron algunos, que fundaron Spina, mientras que el resto se dirigió hacia el interior, llegó al territorio de los umbros y finalmente alcanzó su objetivo, la región de Cutilia, en Sabina, donde había una isla con un lago flotante. Comprendiendo que éste era su punto de destino, conforme a las palabras del oráculo, los pelasgos llegaron a un acuerdo con los habitantes de la región, los aborígenes, y se asentaron en la tierra próxima al lago sagrado. A continuación ayudaron a los aborígenes en la guerra que estos mantenían contra los sículos del Lacio, y a su vez fueron auxiliados por sus aliados para combatir a los umbros y conquistar la tierra de Etruria⁴⁶. Tal es a grandes líneas el relato de Dionisio sobre la llegada de los pelasgos a Italia, que continúa hasta su desaparición de la península, como veremos.

El núcleo central de esta leyenda, y que ha suscitado todo el debate, se sitúa en el texto del oráculo, que dice lo siguiente:

«Marchad a la búsqueda de la tierra saturnia de los sículos y de Cotila de los aborígenes; allí flota una isla; mezclaos con ellos y enviad el diezmo a Apolo, las cabezas al Crónida y a su padre un hombre»⁴⁷.

⁴⁶ Dion., 1.17-20.

⁴⁷ Dion., 1.19.3: στείχετε μοιόμενοι Σικελῶν Σατόρνιον αἶν / ἢδ' Ἄβοριγινέων Κοτύλην, οὗ νᾶσος ὀχεῖται / οἷς ἀναμιχθέντες δεκάτην ἐκπέμψατε Φοῖβῳ / καὶ κεφαλὰς Κρονίδη καὶ τῷ πατρὶ πέμπετε φῶτα. El mismo texto aparece en Steph. Byz., 8M, s.v. Ἄβοριγῖνες, quien cita a Dionisio.

El mismo texto es repetido por Macrobio, con la única diferencia que sustituye Crónida por Hades⁴⁸. El último verso del oráculo, con la misma particularidad que figura en Macrobio, es citado también por Lactancio⁴⁹. Estos dos autores utilizan el oráculo con una finalidad etiológica a propósito de determinados rituales, pero aunque ambos mencionan a Varrón como fuente, difieren en la ocasión religiosa, para Macrobio las *Saturnalia*, para Lactancio el arcaico ritual de los *Argei*. Sin embargo, en este último autor se observan algunas inexactitudes, lo que permite suponer que debió utilizar fuentes intermedias y dejarse llevar por apreciaciones personales, de manera que de su testimonio sólo se puede atribuir a Varrón la mención del oráculo⁵⁰. Es por tanto Macrobio quien se muestra más fiel a la autoridad que invoca como fuente.

El problema surge cuando se trata de relacionar a Macrobio con Dionisio, pues este último no cita a Varrón, sino que se refiere a un enigmático Lucio Mamio, quien habría visto por sí mismo el texto del oráculo, grabado con caracteres arcaicos sobre un trípode consagrado en el templo de Zeus en Dodona⁵¹. Además, entre los respectivos textos de Macrobio y de Dionisio existen diferencias que no se pueden obviar. El primero lo recuerda como una de las versiones sobre el origen de las *Saturnalia*, instituidas por los pelasgos en cumplimiento del oráculo, quienes asimismo habrían erigido un *sacellum* a Dis Pater y un ara a Saturno, ambos localizados en Roma, con el ritual de los sacrificios humanos que luego Hércules habría sustituido por simulacros y cirios. Por el contrario, Dionisio elude en principio toda referencia a estas cuestiones religiosas y se limita, con una perspectiva meramente histórica, a mencionarlo como causa de la presencia de los pelasgos en Italia y su relación con los aborígenes, si bien con posterioridad, y con alguna modificación, sí acude a él para explicar la crisis sufrida por este pueblo.

En un análisis brillante y minucioso de esta tradición, D. Briquel no cree en la existencia de dos fuentes distintas, una para Dionisio y otra para

⁴⁸ Macr., *Sat.*, 1.7.28.

⁴⁹ Lact., *Inst.*, 1.21.7.

⁵⁰ Véanse D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 368 ss.; J. POUCKET, «Varron, Denys d'Halicarnasse, Macrobe et Lactance. L'oracle rendu à Dodone aux Pélasges», *Pallas*, 39, 1993, pp. 55 ss. También, O. NICHOLSON, «Hercules and the Milvian Bridge», *Latomus*, 43, 1984, 133-142.

⁵¹ Dion., 1.19.3.

Macrobio, sino que ambos forzosamente confluyen en una común, Varrón. Y en efecto, si Macrobio y Lactancio certifican su dependencia respecto a Varrón y sabemos que el polígrafo reatino es ampliamente utilizado por Dionisio en su reconstrucción de la prehistoria del Lacio, ¿cómo no aceptar ver en Varrón el núcleo de donde surgen ambas versiones? Las diferencias evidentes entre ambos autores se explican por la disparidad de enfoque y objetivos de uno y otro, existiendo la posibilidad de que Varrón se refiriese al mismo asunto en dos obras distintas y con diferentes perspectivas: «On pourrait alors penser à un passage des *Antiquitates rerum humanarum* [respecto a Dionisio], alors que le texte de Macrobe, ..., aurait plutôt été emprunté aux *Antiquitates rerum divinarum*»⁵². No se puede negar que la reconstrucción que propone Briquel, sólidamente documentada, resulta muy atractiva, pero no deja de presentar algunos aspectos hipotéticos, lo que justifica el escepticismo al respecto de J. Poucet, según el cual Dionisio no deriva de Varrón, sino que uno y otro pueden haberse inspirado en una misma fuente o incluso seguir filones independientes⁵³.

Ciertamente se trata de una cuestión delicada, de difícil solución. En todo este esquema, Varrón es una pieza fundamental, pero sin duda no es la única. Un aspecto que no carece de interés se centra en el itinerario que siguen los pelasgos en su migración italiana. Según Dionisio, los pelasgos entraron en la península por el valle del Po, descendiendo por el interior hasta llegar a Cutilia, en Sabina. A primera vista parece un recorrido un tanto extraño, pero se comprende mejor si se pone en relación con la leyenda sobre el origen pelásgico de los etruscos según la relataba Helánico y que transmite el propio Dionisio. Incluso la primera ciudad de Etruria conquistada por los pelasgos, después de su encuentro y alianza con los aborígenes, fue Cortona⁵⁴, la misma ocupada en primer lugar por los pelasgos de Helánico. Sin duda alguna, Dionisio se inspiró en el logógrafo de Lesbos, y así se explica mejor su interés hacia Cortona y la utilización que al respecto hace de Heródoto, según veíamos al comienzo de este capítulo. Tal reconstrucción difícilmente se podría encontrar en Varrón, el cual es muy probable que localizase en el Lacio el desembarco de los pelasgos, tal como figura en la versión de Macrobio.

⁵² D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 355 ss. (la cita en p. 402).

⁵³ J. POUCKET, «Varron, Denys d'Halicarnasse, Macrobe et Lactance», cit.

⁵⁴ Dion., 1.20.4.

A similar conclusión se llega respecto a la parte última del relato, cuando se narra el final de la presencia de los pelasgos en Italia. Según Dionisio, los pelasgos fueron sacudidos por una serie de calamidades, la tierra ya no daba sus frutos, el agua escaseaba, los animales no se reproducían, la infertilidad se extendió también a las mujeres y en general todos sufrían la enfermedad y la muerte. Estos padecimientos fueron enviados por los dioses, ya que los pelasgos no habían cumplido con exactitud lo ordenado por el oráculo, en concreto la parte correspondiente a la descendencia humana. Como resultado de su negativa al sacrificio humano, los pelasgos comenzaron a emigrar iniciando una nueva diáspora⁵⁵. En esta parte Dionisio utilizó a Mírsilo de Metimna, según reconoce él mismo⁵⁶; sin embargo, este último no se refiere a los pelasgos, sino a los tirrenos. Mírsilo redactó una historia de Lesbos en la que trataba sobre los pelasgos, a los cuales concedía en parte un origen occidental, de acuerdo con una doctrina que ciertamente no contaba con amplios antecedentes. En otro fragmento conocido de este historiador, transmitido también por Dionisio, dice que esos tirrenos emigrantes recibieron el nombre de *Pelargoi*, «cigüeñas», debido a su vida errante, pues iban y venían sin patria fija, y levantaron alrededor de la acrópolis de Atenas un muro llamado *Pelargikon*⁵⁷. Estos fragmentos de Mírsilo han dado pie a diversos y sustanciosos comentarios⁵⁸, aunque aquí interesa sobre todo la utilización que hace Dionisio de su fuente.

Aunque Dionisio retiene a los pelasgos como una de las componentes que forjaron la formación del pueblo latino, su presencia verdaderamente es más consistente en Etruria y en la región falisca que en el Lacio. Sin duda, esto es así porque Dionisio no encontró en ámbito latino-romano ninguna tradición de cuño pelásgico que sirviera a sus propósitos, mientras que en Etruria los pelasgos gozaban de una fuerte implantación según la historiografía griega. Sin embargo, en la interpretación de la prehistoria

⁵⁵ Dion., 1.23-24.

⁵⁶ Mírsilo, *FGH 477F8* (= Dion., 1.23.5).

⁵⁷ Mírsilo, *FGH 477F9* (= Dion., 1.28.4).

⁵⁸ P. M. MARTIN, «Contribution de Denys d'Halicarnasse à la connaissance du uer sacrum», *Latomus*, 32, 1973, pp. 29 ss.; E. GABBA, «Mírsilo di Metimna, Dionigi e i Tirreni», *RAL*, 30, 1975, 35-49; D. MUSTI, «Etruschi e Greci nella rappresentazione dionisiana delle origini di Roma», en *Gli Etruschi e Roma*, Roma, 1981, pp. 33 ss.; D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 278 ss.; M. GRAS, *Trafics tyrrhèniens archaïques*, pp. 589 ss.

italiana que propone Dionisio los pelasgos carecen de una localización propia, pues la tierra que ocupan está reservada a los tirrenos/etruscos, cuya autoctonía él mismo defiende. Los pelasgos tuvieron por tanto que abandonar el país que habían conquistado, excepto la ciudad de Cortona⁵⁹, cuya pervivencia como «isla pelásgica» interesaba a Dionisio para diferenciar a los antiguos de los nuevos pobladores. Esta nueva migración de los pelasgos, necesaria a los fines de nuestro historiador, requería un respaldo, una autoridad que la avalase, pero no encontrando nada similar en los autores que le precedieron, Dionisio acudió a lo más próximo, la reconstrucción de Mírsilo donde se identificaban tirrenos y pelasgos, pero naturalmente adaptándola a sus propios objetivos⁶⁰. Así, sustituye abiertamente a los tirrenos por los pelasgos, exagera notablemente la magnitud de la migración y al tiempo no parecen preocuparle las contradicciones en que pueda incurrir.

Es por tanto evidente que en la última parte del relato de Dionisio tampoco se puede detectar la influencia de Varrón, sino que únicamente se trasluce la presencia de un Mírsilo manipulado y adaptado a unos fines espúreos. Queda tan sólo el motivo del oráculo de Dodona como causa del desplazamiento de los pelasgos a Italia, para lo cual, como antes veíamos, Dionisio cita como testigo a ese desconocido L. Mamio. Ciertamente no se sabe con certeza quién se esconde tras este nombre. Briquel propone su identificación con un Manilio, literato y político de comienzos del siglo I a.C. citado más de una vez por el propio Varrón y por otros autores posteriores, de manera que habría sido él quien hizo conocer a los romanos la existencia del oráculo, cuya realidad fue personalmente confirmada en Dodona⁶¹. Forzoso es reconocer que tal suposición tiene mucho de hipotético, pero en honor a la verdad, igual de difícil resulta admitir que Dionisio haya consultado directamente la obra de este enigmático personaje: el calificativo que le presta para justificar su autoridad, ἀνὴρ οὐκ ἄσημος, sin ninguna otra indicación sobre su obra o personalidad, hace muy sospechosa

⁵⁹ Dion., 1.26.1.

⁶⁰ Cf. E. GABBA, «Mírsilo di Metimna, Dionigi e i Tirreni», pp. 40 ss.; D. MUSTI, «Etruschi e Greci nella rappresentazione dionisiana delle origini di Roma», p. 38; D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, p. 279.

⁶¹ D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 391 ss. En contra, J. POUCKET, «Varron, Denys d'Halicarnasse, Macrobe et Lactance», p. 61.

esta cita. Sin duda se impone una fuente intermedia y en este sentido Varrón se ofrece como el candidato más idóneo⁶², a quien también habría que remitir para la presencia en Cutilia de los aborígenes y la descripción del lago con la isla flotante. Pero a partir de aquí Varrón y Dionisio vuelven a separarse, pues mientras Dionisio centra la actividad de los pelasgos en territorio de Etruria, Varrón debía concederles un destino que sin duda incluía también el Lacio. Sabemos por otras fuentes que Varrón hablaba sobre la llegada de los pelasgos a Italia⁶³ y también de su presencia en Sabina⁶⁴, y no hay razones para dudar de que asimismo les situaba en el Lacio. En este momento debemos volver al relato de Macrobio, quien atribuye a los pelasgos la creación en Roma de los centros de culto a Dis Pater y Saturno y los rituales anejos, noticia que deriva de Varrón⁶⁵. Este por tanto admitía la presencia de los pelasgos como una de las capas helénicas que contribuyeron a la etnogénesis latina y a su definición cultural, y no sólo en el plano religioso, sino posiblemente también como introductores de la escritura, según veremos inmediatamente. Pero Dionisio prefiere ignorar estos aspectos y seguir otros derroteros. En síntesis, y al margen de la ampliación narrativa que caracteriza todo su relato, Dionisio configuró su exposición sobre los pelasgos a partir de tres fuentes principales: Helánico en lo que se refiere al itinerario de llegada a Italia; Varrón, para las causas que motivaron su desplazamiento, concretadas en un oráculo de Dodona, y Mírsilo para explicar su desaparición de Italia.

El oráculo está escrito en términos ambiguos y oscuros, como es general en textos de esta naturaleza. Pero a pesar de ello, no se puede negar que a su redactor no le eran por completo desconocidas tradiciones y realidades itálicas, aunque lógicamente las utiliza sin una gran preocupación por seguir las de forma rigurosa. En primer lugar, distingue entre dos áreas geográficas, diferentes por los pueblos que las habitan pero que en su conjunto

⁶² Tampoco podría descartarse por completo una visión directa de la inscripción de Dodona por parte de Varrón: cf. D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, p. 405; L. DESCHAMPS, «Pourquoi Varron situe-t-il au Lac de Cutilia l'Ombilic de l'Italie?», *Euphrosyne*, 20, 1992, p. 302.

⁶³ Cf. Isid., *Etym.*, 9.2.74.

⁶⁴ Var., *R. r.*, 3.1.6. Véase D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 441 ss.

⁶⁵ J. POU CET, «Varron, Denys d'Halicarnasse, Macrobe et Lactance», pp. 44 ss., cree que sólo pertenece a Varrón el texto del oráculo y lo que le precede, pero no veo razones de peso para negarle los aspectos religiosos resultado del cumplimiento del oráculo.

constituyen la tierra de promisión de los pelasgos. La primera es la tierra saturnia de los sículos. Se trata de una referencia al Lacio, puesto que así debe interpretarse la expresión *Saturnia terra* desde la primera mención conocida atribuida a Ennio⁶⁶. Pero es un Lacio entendido a partir de Roma, ya que tal denominación no es sino la extensión a toda la región del primitivo nombre del Capitolio romano, *mons Saturnius*, según afirma Varrón en el pasaje que recoge la mencionada referencia a Ennio. Bajo esta denominación, el Lacio es considerado el país de los sículos, lo que implica el conocimiento de aquella versión, según comprobábamos en el capítulo anterior, reflejada en la frase que Varrón atribuía a los *Annales veteres nostri* y que convertía a los sículos en la población originaria del Lacio y más en concreto de Roma⁶⁷. La segunda referencia geográfica es a Cutilia y al lago donde flotaba una isla. El hecho, que hasta donde sabemos aparece por vez primera en este oráculo, es conocido por otras fuentes latinas⁶⁸, que naturalmente no derivan del texto oracular, sino que éste debió recogerlo en la literatura taumasiográfica. Pero por lo sorprendente del mismo, se prestaba perfectamente al fin prescrito en el oráculo, pues como señala D. Briquel, si en época más reciente podía ser considerado como una curiosidad, en tiempos anteriores reviste las connotaciones de un prodigio, «cioè aveva valore religioso, era il segno del carattere sacro del luogo»⁶⁹. Y en efecto, en este punto se practicaba de antiguo un culto a la diosa Vacuna, y el mismo Varrón lo tenía por el *umbilicus Italiae*⁷⁰. El oráculo atribuye este

⁶⁶ Ennio, fr. 20 V, en Var., *L. L.*, 5.42: *Hunc antea montem Saturnium appellatum prodiderunt et ab eo Latium Saturniam terram, ut etiam Ennius appellat*. En similar sentido se expresan Verg., *Aen.*, 8.329; Ovid., *Fast.*, 5.625; Colum., *R.r.*, praef. 20. Por su parte, CH. GUITTARD, «Recherches sur la nature de Saturne des origines à la réforme de 217 avant J. C.», en *Recherches sur les religions de l'Italie antique*, Genève, 1976, p. 59, dice que «la terre de Saturne désigne ici la plus grande partie de l'Italie, alors occupée par les populations sicules», pero me parece una extensión excesiva.

⁶⁷ Var., *L. L.*, 5.101. Véase *supra*, cap. II.2.

⁶⁸ Además de Dionisio y Macrobio, que mencionan la isla en el texto del oráculo, el fenómeno es recordado también por Var., *L. L.*, 5.71; Plin., *Nat. Hist.*, 2.109; Sen., *Nat. Quaest.*, 3.25.8 (este último dice haberlo visto con sus propios ojos). Fest.-Paul., 44L, también menciona la isla, pero calla sobre su carácter flotante.

⁶⁹ D. BRIQUEL, «La zona reatina, centro dell'Italia», en *La Salaria in età antica*, Roma, 2000, p. 84.

⁷⁰ Plin., *Nat. Hist.*, 3.109: *in agro Reatino Cutiliae lacum, in quo fluctuetur insula, Italiae umbilicum esse M. Varro tradit*; Solin., 2.6: *umbilicum, ut Varro tradit, in agro Rea-*

lugar a los aborígenes, con lo que de nuevo entronca con las tradiciones latinas y en particular con la reconstrucción de Catón, quien como veíamos en páginas anteriores, situaba a Cutilia a la cabeza de las comunidades aborígenes⁷¹. Por último, los elementos religiosos que contiene conciernen exclusivamente a Roma, no al entorno sabino donde se localizaba Cutilia⁷², pues al fin y al cabo Roma es la destinataria última del significado que encierra el oráculo.

Este falso oráculo fue redactado por el clero de Dodona en un sentido claramente favorable a los romanos: los cultos relativos a Saturno habrían sido instituidos por los pelasgos que partieron del santuario epirota. Nos encontramos por tanto ante un intento de los sacerdotes de Dodona por atraerse el beneplácito de Roma, creando un vínculo pseudo-histórico entre ambos, y con tal fin hicieron grabar el texto sobre un trípode que fue expuesto a la contemplación pública. Según creo, está en lo cierto D. Briquel al señalar la fecha del 168/167 a.C. como *terminus post quem* para la elaboración del oráculo, pues en efecto habría que pensar en un momento en el cual el dominio romano sobre Grecia fuese una realidad, lo que no se logró sino tras la derrota de Perseo en Pidna en el 168, a la que siguió un año más tarde el sometimiento del Epiro⁷³. No obstante, todavía han de transcurrir varios decenios para que Roma imponga definitivamente su poder, concretado en la organización de la nueva provincia de Macedonia (*ca.* 148), en la que se incluyó el Epiro, y la pérdida total de la independencia griega (146 a.C.). En definitiva, una datación en la segunda mitad avanzada de este siglo II parece la más apropiada para la redacción del oráculo, fecha que concuerda mejor con la consolidación y extensión de las leyendas latinas reflejadas en el texto de Dodona.

El recurso a los pelasgos como instrumento de mediación entre Dodona y Roma es perfectamente lógico, ya que este legendario pueblo

tino habet. Sobre el particular recientemente, L. DESCHAMPS, «Pourquoi Varron situe-t-il au Lac de Cutilia l'Ombilic de l'Italie?», cit.; D. BRIQUEL, «La zona reatina, centro dell'Italia», pp. 83 ss.

⁷¹ Véase *supra*, cap. I.4.

⁷² D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 361 ss. En sentido contrario CH. GUITTARD, «Recherches sur la nature de Saturne des origines à la réforme de 217 avant J. C.», pp. 58 ss.

⁷³ D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, p. 415.

no carecía de vínculos con una y otra, como hemos comprobado con anterioridad. Pero además intervienen otras influencias. Una presencia de los pelasgos en Sabina era ya considerada por otras tradiciones griegas. En concreto sabemos que Zenódoto de Trecena, historiador mal conocido pero que debió desarrollar su actividad en la primera mitad del siglo II a.C., hablaba del origen del pueblo sabino como antiguos umbros, expulsados de la cuenca de Reate por los pelasgos⁷⁴, en una visión que no encuentra parangón en otros autores⁷⁵. Sin embargo, el punto de referencia más próximo a la teoría pelásgica de Roma debió ser sin duda Batón de Sínope, como sugiere D. Briquel, un retor que vivió en Tesalia en la segunda mitad del siglo III a.C., quien afirmaba que las *Saturnalia* romanas reproducían la festividad tesalia de las *Peloria*, instituida por los pelasgos⁷⁶, sin duda porque a Saturno se le celebraba en Roma según el *ritus Graecus*.

Otra tradición que implica a los pelasgos como elementos civilizador en el Lacio primitivo les convierte en introductores de la escritura, iniciativa que aparece en sendos textos de Plinio y de Solino⁷⁷, opción que se opone a la más general que concede a Evandro tal innovación, según veremos en el próximo capítulo. No es fácil determinar el origen de esta versión, ya que apenas tuvo alcance, pero el solo hecho de ser recogida por Plinio, autor que suele beber en fuentes de no poco prestigio, indica que debía estar respaldada por una autoridad en temas de anticuariado. A este respecto, D. Briquel⁷⁸ piensa en Verrio Flaco, considerado tradicionalmente

⁷⁴ Zenódoto, *FGH* 821F3 (= Dion., 2.49.1): Ζηνόδοτος δ' ὁ Τροιζήνιος συγγραφεὺς Ὀμβρικοὺς ἔθνος αὐθιγενὲς ἱστορεῖ τὸ μὲν πρῶτον οἰκῆσαι περὶ τὴν καλουμένην Ῥεατίνην, ἐκεῖθεν δὲ ὑπὸ Πελασγῶν ἐξελασθέντας εἰς ταύτην ἀφικέσθαι τὴν γῆν ἔνθα νῦν οἰκοῦσι καὶ μεταβαλόντας ἅμα τῷ τόπῳ τοῦνομα Σαβίνους ἐξ Ὀμβρικῶν προσαγορευθῆναι.

⁷⁵ Sobre esta tradición, puede verse D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 459 ss.

⁷⁶ Batón, *FGH* 268F5 (= Athen., 14.639d-640a). Véase D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 421 ss.

⁷⁷ Plin., *Nat. Hist.*, 7.193: *in Latium eas [litteras] attulerunt Pelasgi*; Solin., 2.7: *Agyllam a Pelasgis, qui primi in Latium litteras intulerunt*. Con menor claridad, esta tradición aparece también en el gramático Máximo Victorino (*GLK*, VI.194).

⁷⁸ D. BRIQUEL, «Les traditions sur l'origine de l'écriture en Italie», *RPh*, 62, 1988, pp. 258 ss. Véase asimismo C. LETTA, «L'Italia dei *mores romani* nelle *Origines* di Catone», *Athenaeum*, 72, 1984, p. 438, quien defiende para Zenódoto una cronología más elevada.

como uno de los autores que más influyeron en la obra de Plinio⁷⁹, pero no se ven muy claras las razones que llevan a esta conclusión. Ante todo, tiene razón nuestro colega francés al negar una relación con el mundo etrusco, en el sentido que al figurar en el texto de Solino una referencia a Agylla-Caere, y siendo ésta una de las ciudades etruscas con mayor presencia de leyendas pelásgicas, la tradición contendría, trasladado al plano mítico, un reflejo de la realidad en la creencia de que la escritura fue introducida en el Lacio desde Caere⁸⁰. Y en efecto, esta versión tiene toda la apariencia de ser romana. En un capítulo anterior, a propósito de un fragmento de Catón, aludía a la cuestión del origen eolio de la lengua latina, de amplia repercusión en círculos intelectuales romanos en el siglo I a.C. y que tenía en Varrón uno de sus principales valedores⁸¹. En el mencionado fragmento, en el que su transmisor Lido incluye también a Varrón⁸², se dice que Evandro extendió entre los bárbaros (es decir, los aborígenes) el dialecto eolio. Es evidente que estas innovaciones lingüísticas van estrechamente unidas a la introducción de la escritura, en cuanto que ambas significan la culminación de la influencia cultural griega sobre el Lacio primitivo. Sin embargo, en otras ocasiones Varrón vincula la etimología de algunos topónimos a través del eolio con la presencia de los pelasgos, como Tebae y Velia, ambas en Sabina⁸³. Con razón señala Briquel que estas etimologías difícilmente

⁷⁹ Cf. La obra clásica de M. RABENHORST, *Der ältere Plinius als Epitomator des Verrius Flaccus*, Berlin, 1907.

⁸⁰ En este sentido se manifestaba G. COLONNA, «Una nuova iscrizione etrusca del VII secolo e appunti sull'epigrafia ceretana dell'epoca», *MEFR*, 82, 1970, p. 667; más reciente, en similar sentido, F. DESBORDES, *Idées romaines sur l'écriture*, Lille, 1990, pp. 138 ss. Muy aventurada la hipótesis de J. BÉRARD, *La Magna Grecia*, p. 488, quien parece remitir a la época micénica. En contra, M. CRISTOFANI, «Sull'origine e la diffusione dell'alfabeto etrusco», *ANRW*, I.2, 1972, p. 467.

⁸¹ *Supra*, cap. I.4.

⁸² *Lyd., Mag.*, 1.5: ὅς φασιν ὁ τε Κάτων ἐν τῷ Περὶ Ῥωμαϊκῆς Ἀρχαιότητος Βάρρων τε ὁ πολυμαθέστατος ἐν Προοιμίῳ τῶν πρὸς Πομπήιον αὐτῷ γεγραμμένων, Εὐάνδρου καὶ τῶν ἄλλων Ἀρκάδων εἰς Ἰταλίαν ἐλθόντων ποτὲ καὶ τὴν Αἰολίδα τοῖς βαρβάρους ἐνσπειράντων φωνήν.

⁸³ *Var., R. r.*, 3.1.6 (Tebae); respecto a Velia, su explicación se encuentra en *Dion.*, 1.20.3, quien depende de Varrón. Dionisio nada dice sobre el eolio, pero la disertación sobre la digamma conduce en esa dirección: cf. E. GABBA, «Il latino come dialetto greco», en *Miscellanea A. Rostagni*, Torino, 1963, p. 188; D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 444 ss.

encuentran justificación en Varrón, pues están en contradicción con su propia doctrina histórica⁸⁴. Pero el caso es que así sucede, y si como continúa Briquel, cuando Varrón «faisait oeuvre de grammairien, il n'avait pas nécessairement présentes à l'esprit les conséquences historiques de ses interprétations», nada impide pensar que fuese el propio Varrón quien hablase asimismo de los pelasgos como introductores de la escritura, aunque en otro lugar refiriera este mismo hecho al entorno de Evandro. Además, no parece que hubiera una absoluta contradicción entre ambas versiones, pues cuando Solino utiliza el término *primi* en relación a los pelasgos, da a entender que estos fueron los primeros, pero no los únicos. Así las cosas, sería por tanto posible pensar que en la visión de Varrón la escritura hizo su aparición en el Lacio en dos tiempos, primero con los pelasgos y después con los arcadios —donde como veremos Varrón vuelve a discrepar de la opinión general—, teniendo en cuenta que ambos pueblos tienen un destacado papel en la difusión de una componente eolia en la lengua latina. Pero el protagonismo corresponde a la tradición arcadia, que sirvió de modelo a la pelásgica⁸⁵.

Sea como fuere, en el siglo I a.C. ya circulaba entre los anticuarios la idea de los pelasgos como elemento civilizador del Lacio primitivo, tanto como portadores de la escritura como introductores de algunos cultos, lo cual justificaba su inclusión entre los pueblos que habían participado en la formación del pueblo latino. Sin embargo, su contribución se presenta un tanto desdibujada, como perfectamente se aprecia en Dionisio, el autor que más esfuerzo dedicó a la exposición de la etnogénesis latina. Más radical incluso el panorama que ofrece la anónima *OGR*, donde los pelasgos son por completo silenciados. La paternidad de los rituales de Saturno que les concede el oráculo queda como una de las versiones sobre el origen de las *Saturnalia* que circulaban entre los anticuarios, como se puede comprobar a través de Macrobio⁸⁶, pero sus aspectos más bárbaros, los sacrificios humanos, tuvieron que ser sustituidos por Hércules. Dionisio no puede aceptar esta interpretación, pues va en contra de sus principios sobre el carácter civilizador de los diferentes pueblos griegos que se asientan en el Lacio; además, fue precisamente la negativa al cumplimiento de los sacri-

⁸⁴ D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 456 ss.

⁸⁵ *Infra*, cap. IV. 2.

⁸⁶ *Macr., Sat.*, 1.19 ss.

ficios humanos lo que determinó la desaparición de los pelasgos de Italia. Pero al renunciar a estos desarrollos de la leyenda, Dionisio concede muy escaso valor al significado de la presencia de los pelasgos en el Lacio, pues toda su contribución cultural queda reducida de hecho al país de los faliscos, donde existían tradiciones pelásgicas vinculadas al santuario de Juno en Falerii⁸⁷. Su incidencia sobre el territorio latino fue prácticamente nula y tan sólo al final, como conclusión de la leyenda de los pelasgos, Dionisio reconoce que algunos se quedaron en la región acogidos por los aborígenes, «donde posteriormente sus descendientes, junto con otros, edificaron la ciudad de Roma»⁸⁸. Con su autoridad, Varrón convirtió a los pelasgos en un elemento fijo en el proceso de la etnogénesis latina, y Dionisio le siguió, pero desvirtuando su presencia, limitándose de hecho a constatar su fugaz paso por el Lacio y su consideración como antigua población griega de Roma⁸⁹, pero en ningún momento les concede importantes innovaciones culturales. Este privilegio queda reservado a los arcadios de Evandro.

⁸⁷ Dion., 1.21.1-2. Cf. D. BRIQUEL, *Les Pélasges en Italie*, pp. 343 ss.

⁸⁸ Dion., 1.30.5: μετὰ τῶν Ἀβοριγίνων πολιτευόμενον ἐν τούτοις ὑπελείφθη τοῖς χωρίοις, ὅπου σὺν χρόνῳ τὴν Ῥώμην οἱ ἔκγονοι αὐτῶν σὺν τοῖς ἄλλοις ἐπολίσαντο.

⁸⁹ A este hecho Dionisio alude brevemente en otros pasajes: 1.60.3; 1.89.2; 2.1.3. También en relación a Alba: 2.2.2.